

## Princesa oscuridad

Segundo premio en el XV certamen de relato breve "Villa de Colindres". 2013.

Aquella tarde, después de discutir el contenido del editorial y distribuir las tareas de los colaboradores, abandonó la redacción con la urgencia de reanudar el encuentro con ella en el punto en que había quedado interrumpido. Era viernes, disponían de un largo fin de semana por delante, y la noche anterior *Princesa oscuridad* había accedido finalmente al envío de una foto. Al regresar a casa, se despojó de la chaqueta y la corbata, como si así dejara atrás la tensión y el cansancio que había acumulado durante toda la semana, se recompensó con un vaso de whisky, y desconectó su móvil. Cualquier interrupción le hubiera resultado inaceptable. A la luz propicia de la lámpara de su despacho, que le ofrecía la necesaria atmósfera de intimidad, disfrutando del silencio que apenas perturbaba el lejano rumor del tráfico en la calle, encendió el ordenador y tecleó la clave del *chat*, impaciente por saber si ella habría cumplido su promesa.

Se habían conocido tres meses atrás, en un foro de *facebook* para fanáticos de la literatura, cuyos participantes colgaban relatos y poemas, y comentaban los últimos libros que habían leído. El diálogo entre ellos había sido fluido desde siempre, lo descubrieron enseguida, desde la primera vez que habían coincidido. Ya le había gustado el nombre de *Princesa oscuridad*, que parecía salido de un cadáver exquisito - la gente en ese foro escogía nombres así, carecían completamente de sentido del ridículo - y sus opiniones, casi siempre apasionadas, que manifestaba con una cierta brusquedad, solían parecerle interesantes. Estaban de acuerdo en lo esencial, la lealtad incondicional hacia Borges y Kafka, las improbables coincidencias a la hora de elegir sus novelas favoritas, eso que suele llamarse espíritus afines, y pronto se habían visto defendiendo causas comunes frente al resto, reivindicando a autores olvidados que ellos, a veces por el puro placer de provocar, juzgaban imprescindibles. A la tercera o cuarta vez que se encontraron en el foro, ella, que jamás había colgado nada de lo que escribía, quiso castigarle (esa fue la

palabra que empleó) con algunos de sus poemas. Aquel fue un punto de inflexión, como si de algún modo ella le hubiera elegido a él entre todos los demás para confiarle sus más íntimos secretos, como si en esa vida real de la que jamás hablaban, pero que sin embargo se iba afirmando poco a poco entre los dos como una posibilidad cada vez más tentadora, ella le hubiera invitado a su habitación y le ofreciera su cuerpo.

Temió que le defraudarían los poemas, y sin embargo le parecieron buenos. No se consideraba un gran lector de poesía, pero se sintió vagamente identificado con los temas; el vacío que seguía a los encuentros sexuales con desconocidos, la imposibilidad atroz de retener los momentos felices, el transcurrir rutinario de días sin sentido. Pero más allá de esa textura existencial, por otro lado nada novedosa, le intrigaba el aire que flotaba en todos ellos, oscuro, irrespirable, a veces traspasado de una melancolía enfermiza, del mismo modo que la crudeza, la obscena violencia de algunas de sus imágenes le había estremecido.

Aquella misma noche le envió un mensaje para expresarle su opinión de los poemas. La respuesta de ella le llegó puntual, a la mañana siguiente, cuando abrió su correo desde el ordenador de su trabajo. Había esperado una respuesta fría, teñida de ironía, y le sorprendió descubrir en sus palabras una desacostumbrada calidez, como si bastaran unos tímidos halagos para disolver ese tono de dureza que acompañaba sus intervenciones. A partir de ese día, dejaron de visitar el foro literario que les había reunido, e inauguraron su propio *chat*.

Regresar a casa cada tarde, inclinarse hacia la torre del ordenador para pulsar el botón de encendido, desplazar el cursor hasta el icono que daba acceso a internet, como si fuera la llave que abría la puerta de una habitación reservada a dos amantes clandestinos, se había convertido poco a poco en una ceremonia cotidiana, un excitante ritual que se oficiaba en la distancia, en el espacio que acotaba la débil claridad de la pantalla, donde las palabras aparecían con la misma sencillez, inevitable y sorprendente, que tiene el desenlace de un número de magia, donde surgían a veces con rapidez, como las que se desprenden de una conversación apasionada, veloces como ráfagas, o donde a veces se detenían de repente, traduciendo la duda de las manos en el teclado.

Él ya le había hablado de sí mismo, o de lo que denominaba con sarcasmo la novela fallida de su vida. Le había contado, por ejemplo, su temprana vocación de escritor, que con el paso del tiempo y un par de originales que nunca encontraron editor, había sido desplazada por una más discreta ocupación de periodista, con la que se ganaba la vida en una revista de actualidad política. Le había hablado de la separación de su mujer, de la que lo mejor que podía decir, una vez consumado el divorcio, es que había desaparecido por completo, y de las esporádicas relaciones que mantenía con mujeres que solían presentarle sus amigos, a menudo separadas como él, aunque entre ellas también había una casada, que le provocaban un deseo tan intenso como el involuntario desencanto que le inundaba una vez las había poseído. *Princesa oscuridad*, por el contrario, tras el valiente envío de esos poemas se había mostrado inesperadamente críptica sobre sí misma, aunque ante la curiosidad de él, con el paso de los días, había ido concediendo algunos datos. Así se había enterado que era más joven que él - los treinta y nueve de ella ante sus cuarenta y ocho habían redoblado en él su incipiente interés - que vivía sola, que tenía un trabajo vulgar, de funcionaria en una aséptica oficina donde expedía alguna clase de certificados, que a veces se veía con un tipo misterioso, con el que la unían viejos lazos de dependencia que nunca acababan de romper.

Él la imaginaba morena, con los ojos tan negros como las aguas profundas de un embalse, con una delgadez extrema que acaso delataba un pasado anoréxico, vestida con vaqueros y camisetas ajustadas que se ceñían a unos senos pequeños y la dotaban de un cierto aire masculino. Cuando se lo contó, ella se echó a reír - las palabras *Ja, ja, ja*, habían aparecido de repente en la pantalla - y después añadió que se había equivocado en todo. Entonces fue cuando él se decidió a pedirle la fotografía.

Aquella foto le estaba esperando ya colgada de la red, cuando se despojó de la chaqueta y la corbata en el salón, y después de servirse el whisky y encender la lámpara de su despacho, se sentó frente al ordenador, aquella tarde de viernes. Era verdad que la mujer que apareció en la pantalla poco tenía que ver con la que él había imaginado. Para empezar, *Princesa oscuridad* no era morena, ni tenía el pelo lacio, ni el aire de musa de algún grupo de rock que su fantasía la había atribuido, sino que su cabello,

probablemente teñido, era rojizo, con abundantes rizos que caían sobre la frente y a ambos lados del rostro. Sus ojos almendrados, de un verde líquido, miraban al objetivo con un matiz de tristeza. Los labios exangües apenas se distinguían sobre la palidez de la piel. Los senos, que aparecían cautivos del escote, se adivinaban generosos, casi pidiendo perdón en el borde inferior de la fotografía. El conjunto general transmitía ingenuidad y dulzura, y no sólo no se identificaba con la imagen de ella que se había construido, sino que tampoco se correspondía con la personalidad de la mujer con la que se comunicaba cada noche. Frente a la dureza que había presentado había morbidez, frente a la agresividad, indefensión. Pero una indefensión que había aprendido a protegerse, que levantaba muros y necesitaba de fortificaciones defensivas.

Él correspondió con una foto suya - no fue capaz de evitar el inocente subterfugio de enviar una por la que ya habían transcurrido varios años - y ella hizo uso de su antigua ironía para responder que hubiera podido ser peor. Él interpretó esa respuesta como un sí, y le propuso verse. Había imaginado que a partir del intercambio de las fotos su relación seguiría los pasos que uno espera de ese tipo de historias virtuales; La cita del viernes por la noche, ella llegando unos minutos tarde, vestida de una manera que pretendía ser casual pero que no podía disimular el cuidado con el que había escogido cada prenda, la confusión de encontrarse frente a frente, los besos algo torpes en las mejillas, la mesa de un restaurante en un rincón tranquilo, tal vez las manos que se rozaban al fin en una caricia fortuita, la invitación a tomar una copa en su casa. Pero con ella, no, una vez más con ella se equivocaba en todo. A su proposición siguió una negativa inmediata, que apareció en la pantalla con la misma velocidad con la que escribía sus ácidos comentarios en el foro literario. Era mejor seguir así, decía, no abandonar el mundo que entre los dos habían construido. Además, si se vieran, seguro que él iba a sentirse defraudado. Mejor no pretender sacar a *Princesa oscuridad* de donde estaba, mejor dejarla ahí, protegida de la sucia luz de la realidad, en ese territorio de vaga incertidumbre, en el que todavía palpitaba el misterio.

En los siguientes días, a pesar de su insistencia, *Princesa oscuridad* mantuvo su negativa con firmeza. Él se dijo que tal vez era más vulnerable de lo que había intuido, que acaso arrastraba alguna herida, la sombra de algún

trauma sexual inconfesable. También pensó en el individuo del que ella le había hablado, incluso contempló la posibilidad de que estuviera casada. Al final, sin embargo, decidió que la respuesta era más simple, aunque ingrata para su ego, y consistía sencillamente en que a *Princesa oscuridad* no le había gustado el hombre de la fotografía. Esa misma tarde, sentado en la butaca del despacho, con las volutas de humo flotando bajo la luz de la lámpara y el vaso de whisky al alcance de la mano, le trasladó sus dudas, que ella se encargó de reparar. Claro que le gustaba, transcribió en la pantalla, ¿es que quería que le regalara los oídos? No era precisamente Jude Law, pero tampoco estaba mal, y reafirmó que no estaba casada, y después de decirle todo eso le volvió a preguntar porqué necesitaba que se vieran. En la defensa de su causa él invocó la curiosidad de conocer su voz, la posibilidad de mirarla a los ojos, el deseo que había ido brotando casi sin darse cuenta entre los dos, que la frecuencia de sus encuentros no había hecho sino aumentar. Poco a poco, mientras la noche caía al otro lado de las cortinas, el diálogo entre ambos fue derivando de modo casi imperceptible a un tono más sexual, y él se aplicó en excitarla, en describir minuciosamente lo que le apetecía hacerla. Sobre la pantalla del ordenador fue fluyendo un arroyo de frases obscenas, palabras que nunca se habían atrevido a pronunciar, palabras que proponían itinerarios en la piel, que nombraban las zonas anheladas de su cuerpo, palabras que afirmaban, con una procacidad desconocida, el ansia de chupar y de morder, palabras que parecían transpirar, o gemir hondamente, o entrecerrar los ojos de placer, palabras que acabaron por estallar en un orgasmo, con un grito que pareció multiplicar su intensidad en el silencio de la casa desierta.

Durante los minutos posteriores imaginó que algo había cambiado entre los dos, como si hubiera conseguido al fin quebrar su resistencia, pero no fue así. Aquello había estado bien, pero tan solo había sido virtual, algo a lo que *Princesa oscuridad* había accedido como una concesión, casi como si compensara así sus reiteradas negativas a una cita real, y la palabra NO apareció de nuevo en la pantalla con la contundencia de un portazo. Duerme bien, hasta mañana, la presencia de ella se extinguió bruscamente para dejarle allí, vencido en la butaca como si el final de una película le hubiera sorprendido, y le hubiera devuelto al otro lado de la realidad profundamente insatisfecho, los objetos de la mesa frente a él, absurdos de repente, los libros

de las estanterías alineados en riguroso orden alfabético, los hielos derretidos en el whisky, la soledad perfilándose como la única alternativa en ese tramo desventurado de la noche.

Al día siguiente, en plena reunión con el comité de redacción sobre el próximo número, tomó la decisión de visitarla. Hacía tiempo que, por la clase de certificados que ella decía entregar, él había deducido que sólo podía ser funcionaria del ministerio de justicia. Así que al concluir la reunión aludió cualquier pretexto para ausentarse, y se dirigió a la sede del ministerio, que estaba cerca de su trabajo. Tenía la misma ansiedad, la misma presión en el estómago que si acudiera a la anhelada cita, y cuando llegó a la segunda planta, y accedió a una gran sala en la que trabajaban numerosos empleados, su mirada recorrió cada uno de esos rostros con la emoción anticipada de encontrarla. Pero ella no estaba allí, y el tipo al que enseñó la foto de *Princesa oscuridad* – que había tenido la ocurrencia de imprimir desde el ordenador de su oficina - le aseguró que jamás había visto a la mujer de la fotografía. En ese momento aumentaron las sospechas que no había dejado de albergar en los últimos días: ¿Y si aquella foto no era suya? Tal vez servía tan sólo para ocultar su identidad, acaso se trataba de una mujer mucho mayor, quién sabe si sufría una obesidad monstruosa, o una terrible cicatriz la surcaba el rostro... ¿incluso quién podía asegurar que no era un hombre? Uno está harto de escuchar ese tipo de casos en internet, sólo esa podía ser la auténtica razón por la que ella esquivaba una y otra vez el encuentro.

Antes de abandonar aquel lugar, sin embargo, el funcionario le informó que había tres oficinas más, en otros tantos distritos de la ciudad, donde expedían esa clase de certificados, y tal vez porque todavía se negaba a aceptar que *Princesa oscuridad* le había engañado, dedicó el resto de la mañana a visitarlas. Después de fracasar en la primera y la segunda tentativa, se vio en el interior de un autobús, rumbo a la tercera oficina, con una irritante sensación de pérdida de tiempo. Estaba en una de esas calles de las afueras que todavía conservan algo de descampado, donde los números de los bloques parecen sucederse por capricho, un edificio nuevo de dos plantas que se alzaba en un rectángulo de césped, con el escudo oficial y una bandera en la puerta de entrada. Apenas había tres personas antes que él, pero lo mismo le tocó coger el número y ponerse a la cola. Mientras esperaba su turno se

entretuvo en mirar los empleados de la oficina, que charlaban entre sí con el aire de impaciencia de los que aguardan la hora de salida, y se dijo que allí tampoco iba a encontrar a *Princesa oscuridad*. Se equivocaba. Cuando enseñó la foto, el hombre que le atendió reaccionó con un gesto de sorpresa, le miró brevemente, y al fin meneó varias veces la cabeza. Era Isabel, sí, una antigua compañera que había muerto hacía dos años en un accidente de tráfico ¿Se podía saber para qué la buscaba?

La respuesta fue tan inesperada que le llevó unos segundos comprender. Entretanto, el hombre mantenía sobre él una mirada inquisidora, que exigía una explicación. Al principio se sintió desconcertado, y pensó contarle la verdad: el foro literario, la relación en el chat, su insistencia en conocerse... pero luego imaginó que así solo conseguiría que le tomara por loco, y finalmente se presentó como un amigo que había perdido la pista de Isabel hacía muchos años, y tuvo la inspiración de preguntar quién había tenido allí más amistad con ella. El funcionario le condujo hasta una mesa en la que estaba sentada una mujer que rondaba los cuarenta, con unos ojos negros y profundos en un rostro de ángulos marcados, una mujer vestida con vaqueros y una camiseta ajustada, que la dotaba de un cierto aire masculino. Era poco habladora, pero a pesar de todo le contó el accidente; Isabel regresaba de una fiesta en compañía de un amigo, una curva repentina, el impacto violento contra un muro, dicen que el coche había comenzado a arder casi inmediatamente, pobre Isabel, tan joven... También consiguió averiguar que no estaba casada, salía con ese chico con el que se mató – un tipo que, según había añadido esa mujer, no la convenía - y que le gustaba mucho leer, aunque no sabía que escribiera poesía.

Al regresar a casa puso un cd de música clásica y se sirvió un whisky. Al enfado que le producía el hecho de haber sido víctima de una broma, se sumaba además el elemento macabro de que esa mujer, la que él había conocido como *Princesa oscuridad* durante los últimos meses, estaba muerta desde hacía dos años, y junto a aquella indignación fue creciendo en su interior una necesidad cada vez más apremiante por saber quién le había engañado. Era más que probable que *Princesa oscuridad* hubiera conocido a la mujer de la fotografía, incluso se diría que se había identificado psicológicamente con ella, acaso estaba allí, en aquella oficina, era uno de esos compañeros con los

que Isabel había compartido tantas horas, tal vez la misma mujer con la que se había entrevistado ¿Pero por qué elegir a Isabel para ocultarse? ¿Por qué disfrazar su identidad tras la imagen de una muerta?

Hubiera sido mejor dejarlo ahí, no hacerse más preguntas, asumir que no todo encuentra explicación, pero la curiosidad otra vez, la irritación que había acrecentado el segundo whisky, el salón que se sumergía en la penumbra, la incierta sensación de una presencia que le atraía desde el fondo del pasillo, le condujeron fatalmente hacia el despacho. Quizá también en su interior algo se resistía a renunciar a ella para siempre. Sin embargo ya no habría más encuentros, no más citas nocturnas, ya nunca más la red se extendería entre los dos como el espacio común donde abolir sus respectivas soledades. Acababa de acceder al *chat*, sus manos sobre el teclado se disponían a descargar su indignación contra ella, cuando la lámpara de su mesa se apagó súbitamente, al mismo tiempo que se eclipsaba la luz de la pantalla. Tras unos instantes de sorpresa se levantó, para buscar el interruptor en la pared, y confirmó con fastidio que el suministro eléctrico se había interrumpido. Malhumorado otra vez, incómodo ante la inoportuna oscuridad que de repente le rodeaba, decidió examinar la instalación, y recordó que en algún cajón de la cocina guardaba una linterna, pero cuando salió del despacho escuchó tras él un profundo suspiro, y sintió una brisa de aire frío, como una leve caricia que recorría su espalda. No quiso confesarse asustado. Simplemente volvió sobre sus pasos y observó que la pantalla del ordenador se había encendido. El alivio de pensar que la luz había vuelto fue muy breve, apenas el instante que tardó en comprobar que la lámpara continuaba apagada, que el interruptor seguía sin obedecer, que el ordenador encendido era un fenómeno que sólo podía sucederse ajeno a cualquier explicación, del mismo modo que los ojos, de un verde líquido, que le miraban fijamente desde el espectro de claridad que irradiaba la pantalla.

Un par de días después, cuando los compañeros de la redacción empezaron a alarmarse, encontraron su cadáver en el despacho. Tenía la luz de la lámpara encendida, la cabeza inclinada sobre la mesa, los ojos muy abiertos, detenidos en una expresión de alucinado pánico. Demasiado tarde para comprender que se había equivocado, que ella decía la verdad cuando intentaba advertirle que era mejor no saber, no preguntar, cuando trató de



persuadirle que era mejor no pretender sacar a la princesa oscuridad de donde estaba. Que era mejor dejarla ahí, protegida de la sucia luz de la realidad, en ese territorio de vaga incertidumbre, donde todavía palpitaba el misterio.